Anonimato: una reflexión*

E. M. Forster

¿Le gusta saber por quién fue escrito un libro? La pregunta es más profunda de lo que parece.

Tomemos por ejemplo un poema. ¿Obtenemos mayor o menor placer de su lectura por el hecho de conocer el nombre de su autor? *La balada de Sir Patrick Spens*, digamos. Nadie sabe quién la escribió. Nos llegó de la equidad del Norte como un soplo helado. Coloquemos al lado otra balada cuyo autor nos es conocido... *Las rimas del antiguo marinero*. También ésta contiene un viaje trágico y un soplo helado, pero está firmada por Samuel Taylor Coleridge, y tenemos alguna información sobre este Coleridge; se enlistó como Dragón bajo el nombre de soldado Comberback, pero tan frecuentes resultaron sus caídas del caballo que tuvo que apartarse de él en forma definitiva; se le empleó entonces para revisar cuestiones de tipo sanitario; se casó con la hermana de Southey, dio conferencias; se volvió un hombre decidido, piadoso y deshonesto, cayó en el opio y murió. Con tal información en nuestras mentes, hablamos del *Antiguo marinero* como de un “poema de Coleridge”, pero de *Sir Patrick Spens* como de un mero “poema”. ¿Qué diferencia, si es que hay alguna, crea este hecho en nuestras mentes? Y en el caso de novelas y obras teatrales, ¿tiene alguna importancia el hecho de ignorar o conocer a sus autores? Y en lo referente a artículos periodísticos, ¿nos impresionan más cuando están firmados o sin firmar? Así —basta vagamente— hemos de iniciar nuestra investigación.

Los libros están compuestos de palabras, y las palabras realizan dos funciones: ofrecen información o crean atmósfera. A menudo hacen ambas cosas, ya que esas funciones no son incompatibles, pero para nuestros fines las mantendremos separadas. Vamos a buscar nuestro próximo ejemplo en los anuncios públicos. Hay una palabra que a veces encontramos al lado de unos rieles: es la palabra “Parada”. Escrita en una placa metálica al lado de la vía significa que un tranvía se detendrá allí. Se trata de un ejemplo de información pura. No crea ninguna atmósfera, por lo menos no la crea en mi mente. Yo me detengo al lado de esa placa y espero y espero hasta que llega el tranvía. Si el tranvía llega, la información es correcta; si no llega, la

* Traducción de Sergio Pitol.
información es incorrecta; pero en todo caso sigue siendo información, y ese aviso es un excelente ejemplo de uno de los usos de las palabras.

Compárese con otro anuncio público que algunas veces se exhibe en las ciudades menos iluminadas de Inglaterra: “Cuidado con los carteristas de ambos sexos”. Aquí, nuevamente, hay una información. Un ratero puede llegar, igual que el tranvía, y por ende debemos tomar las precauciones necesarias. Pero también hay algo más. Se ha creado una atmósfera. ¿Quién puede leer esas palabras sin sentir un leve estremecimiento? Todas las personas que están a nuestro alrededor parecen honestas y agradables, pero no lo son; algunas son carteristas, sean hombres o mujeres. Tropiezan con viejos caballeros y cuando uno de éstos se da cuenta, su reloj ha desaparecido. Se deslizan detrás de una anciana y cortan la parte trasera de su abrigo de foca con un par de tijeras agudas y silenciosas. Observemos a ese niño que corre feliz a comprar dulces. ¿Por qué repentinamente se ha puesto a llorar? Un ratero, hombre o mujer, le ha arrebatabo de la mano una moneda de medio penique. Todo esto, y tal vez mucho más, puede ocurrírsemos al leer el aviso en cuestión. Sospechamos que nuestros vecinos son deshonestos, y observamos que también ellos sospechan lo mismo de nosotros. Nos han sido recordadas algunas verdades inquietantes, la inseguridad general de la vida humana, la fragilidad del hombre, la violencia de los pobres, y la fatua confianza de los ricos, quienes siempre esperan ser populares sin haber hecho nada en realidad para merecerlo. Es una especie de memento mori, intercalado en medio de la Feria de las Vanidades. Al tomar la forma de una advertencia nos ha hecho sentir miedo, aunque nada se gana con el temor; todo lo que necesitamos hacer es proteger nuestros preciosos portamonedas, y el miedo no va a ayudarnos a hacerlo. Al lado de la información útil se ha creado una atmósfera, y en ese sentido es literatura. “Cuidado con los carteristas de ambos sexos” no es buena literatura y es inconsciente. Pero las palabras cumplen allí dos funciones, mientras que la palabra “Parada” cumple sólo una, y ésta es una diferencia importante y constituye el primer paso de nuestra jornada.

El siguiente paso: vamos a reunir todo el material que se haya impreso en el mundo en un simple cúmulo de libros: libros de poesía, libros de texto, obras teatrales, periódicos, anuncios, avisos callejeros, todo. Vamos a arreglar el contenido de esa montaña de libros en una hilera. Las obras que contienen únicamente información estarán al final y las que crean sólo atmósfera en el otro extremo; las obras que cumplen ambos cometidos serán colocadas en el medio; la línea entera tendría gradaciones de modo que pudamos transitar fluidamente de una actitud a otra. Encontramos al final de las obras de pura información el anuncio del tranvía: “Parada”, y en el otro extremo a la poesía lírica. La poesía lírica no tiene en absoluto ningún uso. Es la antítesis exacta de un anuncio callejero, ya que no proporciona
ninguna clase de información. Ningún verso nos va a decir cuando se detiene el tranvía, ni siquiera si éste existe. Y si pasamos de la poesía lírica a la balada seguimos careciendo de información. Cierto es que El antiguo marinero describe una expedición a la Antártida, pero de un modo tan confuso que no le proporcionaría ninguna información útil al explorador; los datos sobre las corrientes y vientos polares son en ella desesperadamente inadecuados. También es cierto que La balada de Sir Patrick Spens refiere el regreso al hogar de una doncella noruega en el año 1285, pero las referencias son tan vagas y confusas que sacarían de quicio a cualquier historiador. La poesía lírica no tiene absolutamente ningún sentido utilitario, y la poesía en general casi tampoco lo tiene.

Pero cuando, al recorrer la hilera, abandonamos la poesía y llegamos al drama, y especialmente a esas obras que se proponen contener seres humanos normales, hallamos un cambio. La inutilidad aún predomina, pero al mismo tiempo comenzamos a obtener cierta información. Julio César contiene cierta información valiosa sobre Roma. Y cuando pasamos del drama a la novela el cambio es todavía más acentuado. La información abunda. ¿Qué cantidad de cosa aprendemos sobre la vida rural en el Oeste de Inglaterra en Tom Jones? Y sobre la misma región medio siglo más tarde en La abadía de Northanger? En psicología también el novelista nos enseña mucho. ¿Cuán cuidadosamente puede Henry James explorar ciertos lugares recónditos de la mente humana? Y el análisis de una parroquia rural en El camino de toda carne? El instinto de Emily Brontë arroja luz en el terreno de la pasión. Y Proust... cuán sorprendentemente describe Proust no sólo la sociedad francesa, no sólo el mecanismo de sus personajes, sino las motivaciones personales del lector, al grado de que uno pierde el aliento y exclama: “¡Oh! ¿Cómo pudo saber esto de mí? Yo mismo no lo sabía sino hasta que él me lo reveló, pero así es!” La novela, además de todo lo que pueda ser, es en gran parte una fuente de información. Y por esa razón muchas personas a quienes no les interesa la poesía, y ni siquiera el drama, disfrutan de la novela y están bien calificadas para criticarla.

Más allá de la novela encontramos obras cuyo propósito declarado es la información, obras de erudición, historia, sociología, filosofía, psicología, ciencia, etc. La inutilidad es ahora secundaria aunque aún pueda persistir en obras como Decadencia y caída del Imperio Romano, o las piedras de

---

1 William Shakespeare, Julio César.
2 Henry Fielding, Tom Jones.
3 Jane Austen, La abadía de Northanger.
4 Samuel Butler, El camino de toda carne.
5 Gibbons, Decadencia y caída del Imperio Romano.
Venecia. E inmediatamente siguen aquellas obras que proporcionan o pretenden proporcionar información sobre acontecimientos contemporáneos: los periódicos. (Los periódicos son tan importantes y cumplen una función tan peculiar que volveré a ellos más tarde, pero debo mencionarlos aquí en su sitio en la procesión del material impreso.) Luego siguen la publicidad, los horarios, las listas de precios, los anuncios públicos: el anuncio que nos viene contra los carteristas, el que incidentalmente produjo una atmósfera, aunque su fin era puramente informativo, y la pura información contenida en el anuncio “Parada”. Es un largo recorrido el que hay que hacer desde la poesía lírica hasta un cartel apostado al lado de una vía de tranvía, pero es un viaje en el que no hay rupturas. Todas las palabras forman una misma familia, y no se convierten en otras por estar impresas en un libro o en un disco de metal. Es su función la que establece la diferencia. Tienen dos funciones y la combinación de esas funciones es infinita. Si hay en tierra una casa con muchas mansiones, esa es la casa de las palabras.

¿Al contemplar esa larga hilera de material impreso, vamos a preguntarnos nuevamente: quiero saber quién escribió eso? ¿Debería estar firmado o no? El asunto comienza entonces a ser más interesante. Es evidente que las palabras que proporcionan información deben estar firmadas. Se supone que la información tiene que ser cierta. Esa es su única razón de existir, y el hombre que la proporciona debe firmar con su nombre, de manera que se le puedan pedir cuentas si lo que ha dicho es una mentira. Cuando he esperado durante horas al lado del anuncio “Parada”, tengo derecho a sugerir que sea eliminado, y no puedo hacerlo a menos que sepa quién lo puso. Haga su declaración, firme con su nombre. Eso es de sentido común. Pero cuando nos acercamos a la otra función de las palabras —la creación de atmósfera— la cuestión de la firma seguramente pierde su importancia. No importa saber quién escribió “Ensueño que furtivamente se introdujo en mi espíritu”, porque el poema en sí no tiene importancia. Se le puede atribuir a Ella Wheeler Wilcox y los tranvías seguirán corriendo como de costumbre. No importa mucho saber quién escribió Julio César y Tom Jones. Contienen descripciones de la antigua Roma y de la Inglaterra del siglo xviii, y sólo por ese concepto desearíamos que estuviesen firmados, pues por el nombre del autor podremos juzgar si la descripción es digna de confianza; pero tan buena garantía como la de Shakespeare o la de Fielding podría ser la de Charles Garvice. Así llegamos a la conclusión, primero, de que la mera información debe firmarse, y, segundo, de que todo aquello que no es información no necesita la firma.

* John Ruskin, Las piedras de Venecia.
El problema puede ser llevado ahora un paso adelante.
¿Cuál es este elemento en las palabras que no es información? Yo lo he llamado “atmósfera”, pero requiere una definición más estricta que ésa. No reside en ninguna palabra en especial, sino en el orden en el que las palabras están ensambladas, es decir, en el estilo. Es el poder que tienen las palabras para despertar nuestras emociones o acelerar nuestro pulso. Es también algo más, y definir esa otra cosa sería como explicar el secreto del universo. Este “algo más” en las palabras es indefinible. Es su poder para crear no sólo atmósfera, sino un mundo que, mientras dure, parezca más real y sólido que esta existencia de carteristas y tranvías. Antes de comenzar a leer El antiguo marinero sabemos ya que los mares polares no están habitados por espíritus y que si un hombre dispara contra un albatros no es un asesino sino un deportista, y si más tarde manda disecar el albatros también es un naturalista. Todo esto forma parte del conocimiento ordinario. Pero cuando leemos El antiguo marinero, o lo recordamos con intensidad, el conocimiento común desaparece para ser reemplazado por un conocimiento no común. Hemos ingresado a un universo en el que sólo responde a sus propias leyes, se apoya en sí mismo, tiene coherencia interna, y tiene un nuevo nivel de verdad. La información es verdadera cuando es precisa. Un poema es verdadero si mantiene su unidad. La información se dirige hacia algo. Un poema no se dirige sino hacia sí mismo. La información es relativa. Un poema es absoluto. El mundo creado por las palabras existe no en el espacio ni en el tiempo, aunque aparente ambas cosas, es eterno e indestructible, y, sin embargo, su acción no es más fuerte que la de una flor; es adamantino, sin embargo también es lo que uno de sus cultivadores pensó que era, es decir la sombra de una sombra. Podemos definirlo mejor por negaciones. No es de este mundo, sus leyes no son las leyes de la ciencia o de la lógica, sus conclusiones no son las del sentido común. Y nos impulsa a suspender nuestro juicio ordinario. Ahora llegamos al punto crucial. Mientras leemos El antiguo marinero olvidamos nuestra astronomía y geografía y nuestra ética cotidiana. ¿No olvidamos también al autor? ¿No también Samuel Taylor Coleridge, conferencista, comedor de opio, soldado, desaparece con el resto del mundo de la información? Lo recordamos antes de comenzar el poema y después de terminarlo, pero durante el poema no existe nada salvo el poema. En consecuencia, mientras leemos El antiguo marinero un cambio se opera en él. Se vuelve anónimo como La balada de Sir Patrick Spens, y éste es el punto que voy a sostener: toda literatura tiende hacia una condición de anonimato, y siempre que las palabras son creativas una firma sólo nos distrae de su verdadera significación. No digo que la literatura no “debiera” estar firmada, porque la literatura es algo vivo y por consiguiente “debiera” no es la palabra adecuada. No quiere ser firmada. Eso me expresa mejor.
La literatura pugna siempre en ese sentido y en efecto dice: “Yo, no mi autor, soy quien realmente existe”, y continúa diciéndolo a pesar de las admoniciones en contrario dirigidas a ella por los clérigos y los científicos. Olvidar a su Creador es una de las funciones de una Creación. Recordarlo es olvidar los días de la propia juventud. La literatura no quiere recordar. Es algo vivo —no en un vago sentido complementario— sino vivo tenazmente, y es siempre renuente a que la relacionen con el laboratorio. En este punto, se me podrá objetar que la literatura expresa a una personalidad, que es el resultado de la concepción individual del autor, que tenemos derecho a preguntar por su nombre. Es su propiedad..., y por eso le debemos dar su debido crédito.

Una objeción importante, una objeción moderna, ya que en el pasado ni los escritores ni los lectores atribuían esa gran importancia a la personalidad que hoy en día se acostumbra. Nunca preocupó a Homero o a las varias personas que fueron Homero. No preocupó a los escritores de la Antología Griega, quienes podían escribir y reescribir el mismo poema en un lenguaje casi idéntico, siendo su noción que el poema, no el poeta era lo importante, y que por un continuo manejo se podía lograr la perfecta expresión natural del poema. Tampoco preocupó a los baladistaz medievales, quienes, como los constructores de las catedrales, dejaron sus obras sin firmar. No preocupó ni a los autores ni a los traductores de la Biblia. El libro del Génesis contiene por lo menos tres distintas fuentes que fueron resumidas por un comité que vivió en los tiempos del Rey Josías en Jerusalén y traducido al inglés por otro comité que vivió durante el reino de Jacobo I, en Londres. Y, sin embargo, el libro del Génesis es literatura. Esos escritores y lectores de la antigüedad sabían que las palabras que un hombre escribe lo expresan, pero no tenían el culto por la expresión que existe hoy en día. Con toda seguridad estaban en lo justo, y los críticos modernos han ido demasiado lejos en su insistencia sobre la personalidad. Van demasiado lejos porque no reflejan lo que es la personalidad. Así como las palabras tienen dos funciones —información y creación— así también cada mente humana tiene dos personalidades, una en la superficie, otra más profunda. La personalidad exterior tiene un nombre. Se llama S. T. Coleridge, o William Shakespeare, o Mrs. Humphry Ward. Es consciente y alerta, hace cosas como aceptar invitaciones a comer, contestar cartas, etc., y difiere viva y alegremente de otras personalidades. La personalidad más profunda es un asunto muy extraño. En muchos sentidos es la de un perfecto idiota, pero sin ella no habría literatura, porque a menos que un hombre se sumerja ocasionalmente en una zona interior no podrá producir literatura de primera clase. Hay algo común en esa zona. Aunque esté dentro de S. T. Coleridge no podrá llevar su nombre. Es algo que tiene en común con todas las otras
personalidades profundas, y el místico afirmará que esa cualidad común es Dios, y que aquí, en el más recóndito lugar de nuestro ser, nos aproximamos a las puertas de la Divinidad. Es, en cualquier caso, la fuerza que trabaja por el anonimato. Así como surge de las profundidades también se eleva a las alturas, fuera de la esfera cotidiana; como es general a todos los hombres, las obras que inspira tienen algo de común entre sí, es decir la belleza. El poeta escribió el poema, no hay duda de ello, pero se olvidó de sí mismo mientras lo escribía, y nosotros lo olvidamos a él mientras leemos. Lo maravilloso de toda gran literatura es que transforma al hombre que la lee hasta la condición del hombre que la escribió, y hace nacer en nosotros el estímulo creador. Perdidos en la belleza donde él se hallaba perdido, encontramos más de lo que deseó, alcanzamos lo que parece ser nuestro hogar espiritual, y recordamos que no era el orador quien estaba al comienzo sino la Palabra.

Si observamos a uno o dos escritores que no son de primera categoría, podremos ilustrar este punto. Charle Lamb y R. L. Stevenson podrán servirnos. Aquí tenemos a dos individuos dotados, sensitivos, fantasiosos, tolerantes, capaces de humor, pero que siempre escriben con la personalidad superficial y nunca buscan en el mundo subterráneo. Lamb no lo intentó: esas zonas, habrá dicho, están fuera de mi alcance, y por consiguiente es uno de los escritores más agradables que pueda uno encontrar. Stevenson siempre trató de hacerlo, y con gran tesón, pero nunca halló la zona, o bien emergió de ella lleno el Robert Louis Stevenson que se había sumergido, lleno de los amaneramientos, la autosatisfacción, el sentimentalismo y la amenidad que trataba de evitar. Tanto él como Lamb grabaron sus nombres en cada una de las frases que escribieron. Nos persiguen página tras página, excluyendo siempre un goce superior. Son escritores de cartas, no artistas creadores, no es una coincidencia que ambos hayan escrito cartas deliciosas. Una carta emerge de la superficial; tiene que ver con los acontecimientos del día o con proyectos: naturalmente debe estar firmada. La literatura trata de aparecer sin firma. Y la prueba de ello es que mientras a menudo exclamamos: “¡Cuán de Lamb es esto!”, o “¡qué típico de Stevenson!”, nunca decimos: “¡cuán de Shakespeare es esto!” , “¡qué típico de Dante!” . Sólo somos conscientes del mundo que han creado, y en cierto sentido somos participes de él. Coleridge en su más reducido dominio, también nos hace participar. Durante diez minutos olvidamos su nombre y el nuestro, y yo considero que este olvido temporal, este momentáneo y mutuo anonimato, es la plena evidencia de la calidad del producto. La exigencia de que la literatura debe expresar la personalidad es demasiado insistente en estos días, y yo miro hacia atrás con añoranza por las formas iniciales de la crítica donde un poema no era considerado como una forma de expresión sino como un des-
cubrimiento y a veces se suponía que le había sido revelado al poeta por Dios.

La personalidad de un escritor se vuelve importante después de que hemos leído su libro y comenzado a estudiarlo. Cuando el encanto de la creación cesa, cuando las hojas del árbol divino están silenciosas, cuando la participación ha terminado, entonces el libro cambia de naturaleza y podemos preguntarnos: “¿Cuál es el nombre del autor?”, “¿dónde vivió?”, “¿estaba casado?”, “¿cuál era su flor favorita?”. Ya entonces no estamos leyendo el libro, lo estamos estudiando y haciéndolo servir a nuestro deseo de información. “Estudiando” es una palabra que suena solemnemente “Estoy estudiando a Dante” suena mucho mejor que “Estoy leyendo a Dante”. En realidad es mucho menos. Estudiar es sólo una forma seria de murmuracion. Nos muestra todo sobre el libro menos el punto central, y entre ése y nosotros se levanta una barrera circular que sólo las alas del espíritu pueden cruzar.

El estudio de la ciencia, la historia, etc., es necesario y apropiado, ya que estos campos corresponden al dominio de la información, pero estudiar un tema creativo como la literatura es demasiado peligroso, y nunca debe ser intentado por los inmaduros. La educación moderna promueve el estudio incesante de la literatura y concentra nuestra atención en la relación entre la vida de un escritor —su vida en la superficie— y su obra. Esta es una de las razones por las que existe tal maldición. No hay preguntas que hacerse sobre la literatura mientras la leemos, por que la paix succede à la pensée, según palabras de Paul Claudel. No puede prepararse un ensayo para exámenes sobre El antiguo marinero ya que éste habla al corazón del lector, y fue escrito para hablar al corazón del lector, y de otra manera no habría sido escrito. Las preguntas sólo surgen cuando hemos dejado de advertir de qué se trataba y nos hemos vuelto inquisitivos y metódicos.

Una palabra, antes de concluir, sobre los periódicos... ya que ellos constituyen una interesante secuencia al tema. Ya hemos definido al periódico como algo que proporciona, o que se supone que proporciona, información sobre los acontecimientos temporales. Es verdadero, no en sí como un poema, sino en relación con los acontecimientos que relata. Igual que el anuncio del tranvía. Cuando llega el periódico matutino yace en la mesa del desayuno ebullente de verdad con relación a algo. Verdad, verdad y nada más que la verdad. No saciados con el banquete, salimos en la tarde a comprar un diario vespertino, publicado al mediodía como su nombre lo indica, y volvemos a nuestro festín. Al final de la semana compramos un semanario, o un dominical, que, también como su nombre lo indica, ha sido escrito el sábado, y al final de mes compramos una revista mensual. De esa manera nos mantenemos en contacto con el mundo de los acontecimientos, como deben hacerlo todos los hombres prácticos.
¿Y quién es quien nos mantiene en contacto? ¿Quién nos da esa información de la que depende nuestro juicio, y que a final de cuentas influencia nuestra personalidad? Por curioso que parezca, rara vez lo sabemos. El periodismo es en su mayor parte anónimo. Se hacen declaraciones sin que ninguna firma las avale. Supongamos que leemos en un periódico que el Emperador de Guatemala ha muerto. Nuestra primera reacción es de leve consternación. Con un cierto esnobismo lamentamos lo ocurrido, aunque el Emperador no haya jugado una parte muy importante en nuestras vidas, y si somos damas nos diremos unas a otras: “Lo siento tanto por la pobre emperatriz”. Pero luego sabemos que el Emperador no pudo haber muerto porque Guatemala es una República, y la Emperatriz no puede ser viuda, porque no existe. Si el artículo está firmado, y conocemos el nombre del asno que lo escribió, en el futuro pondremos en duda cualquier cosa que afirme..., pero si aparece sin firma, o sólo con la rúbrica de “Nuestro corresponsal especial”, permaneceremos indefensos contra futuras falacias. El Fulano que escribió sobre Guatemala puede escribir más tarde sobre la caída de Francia y volver a desorientarnos.

Resulta paradójico que un artículo pueda impresionarnos más si no lleva firma que si está firmado. Pero así es, debido a la debilidad de nuestra psicología. Las declaraciones anónimas tienen, como ya hemos visto, un aire universal en torno suyo. La verdad absoluta, la sabiduría toda del universo, parecen estar hablando, no la débil voz de un hombre. El periodismo moderno ha sacado ventaja de esto. Es una caricatura perniciosa de la literatura. Ha usurpado esa tendencia divina hacia el anonimato. Ha reclamado para la información lo que sólo le corresponde a la Creación. Y lo seguirá reclamando en la medida en que le permitamos que explote los defectos de nuestra psicología. “La alta misión de la prensa”. ¡Pobre prensa! ¡Como si fuera capaz de tener una misión!

Somos nosotros los que tenemos una misión respecto a ella. Curar a un hombre a través de los periódicos o de la propaganda de cualquier tipo es imposible: sólo se alterarán los síntomas de su enfermedad. Solamente nos habremos curado cuando purguemos nuestras mentes de la confusión. Los periódicos se aprovechan de nosotros, no tanto con sus mentiras, como con la explotación de nuestras debilidades. Siempre están confundiendo las dos funciones de las palabras e insinuando que “El Emperador de Guatemala ha muerto” y que “Ensueño furtivamente se introdujo a mi espíritu” pertenecen a la misma categoría. Siempre están usurpando los privilegios que sólo lo que carece de utilidad puede reclamar, y lo seguirán haciendo hasta que nosotros se lo permitamos.

Aquí termina nuestra reflexión. La pregunta: “¿Deberían las cosas estar firmadas?” parece, si no una pregunta fácil si por lo menos una muy
inusitada, pero no podemos responder a ella sin considerar qué son las palabras, y desentrañar las dos funciones que realizan. Decidimos fácilmente qué información debería estar firmada; el sentido común conduce a tal conclusión, y los periódicos que en su mayor parte no están firmados, han obtenido por ese medio su deseable influencia sobre la civilización. En lo referente a la creación, la pregunta nos resulta más difícil de responder. “La literatura no desea que se la firme”, sugería yo. La Creación proviene de las profundidades; los místicos dirán que de Dios. La firma, el nombre, corresponden a la superficie de la personalidad, y pertenecen al mundo de la información, es un billete, no el espíritu de la vida. Cuando el autor escribía se olvidaba de su nombre; cuando lo leemos olvidamos tanto de su nombre como del nuestro. Cuando hemos terminado de leerlo comenzamos a plantear interrogantes, y a estudiar al libro y al autor; arrojamos a ambos al mundo de la información. Aprendemos entonces mil cosas, pero hemos perdido la perla de gran precio, y en el cambio de preguntas y respuestas, en el torrente de murmuraciones y notas académicas, olvidamos el propósito verdadero de la Creación. No estoy pidiendo reverencia. La reverencia es fatal para la literatura. Lo que pido es algo más vital: imaginación: “La imaginación es como el Dios inmortal que es capaz de encarnar para redimir la pasión mortal” (Shelley). La imaginación es nuestra única guía en el doblegado por las palabras. Si las palabras están firmadas sin firmar, eso se convierte, tan pronto como la imaginación nos redime, en un asunto sin ninguna importancia, porque nos hemos aproximado al estado en que fueron escritas, y no hay nombres bajo ellas, no hay personalidad tal como entendemos la personalidad, ningún matrimonio ni promesa de matrimonio. Lo que yace debajo de ellas... ¡Ah!... pero eso requiere otra reflexión, y ojalá los clérigos y los científicos la lleven a cabo en el futuro con mayor éxito del que han obtenido en el pasado (1925).